



Del 21 al 25 de enero de 1998 Juan Pablo II visitó Cuba, donde fue recibido por el dictador comunista Fidel Castro. Pese a los largos años de indoctrinamiento ateo marxista, los cubanos acudieron por millares a dar la bienvenida al Pontífice. Este último dirigió un vigoroso discurso en el que exigió la libertad para el pueblo. La visita del Papa fortaleció a la iglesia cubana que vio renovada la fe de los feligreses que resistían a la persecución comunista.

Derrotó al comunismo

Su fidelidad al evangelio puro, como valor inmutable de la humanidad, llevó a Juan Pablo II a rechazar los postulados marxistas de la llamada Teología de la Liberación.

Estando al frente de la Iglesia, Juan Pablo II consideró que "el comunismo, como sistema, se ha derrumbado solo, como consecuencia de sus errores y abusos".

En las reflexiones de su libro *Cruzando el Umbral de la Esperanza*, sostuvo lo siguiente: "Lo que llamamos comunismo es la historia de la protesta frente a la injusticia. León XIII fue, en cierto modo, quien predijo la caída del comunismo que costaría cara a la Humanidad", escribió.

Añadió que el comunismo "no ha llevado a cabo una verdadera reforma social, a pesar de haberse convertido para todo el mundo en una amenaza y en un reto; pero se ha caído solo, por su propia debilidad interna".

Opinó que la caída de esta ideología "nos plantea el típico modo de pensar y actuar de la civilización moderna que siempre se reviste de estructuras de fuerza y de prepotencia, sea política o cultural, para imponer a la

humanidad errores y abusos".

Y es que el panorama que halló Juan Pablo II al acceder al trono papal difícilmente podía ser peor. La Unión Soviética no había dejado de avanzar estableciendo sólidas cabezas de puente en Hispanoamérica, África y Asia.

En el orden interno, la situación de la Iglesia Católica no era mejor. Junto al aumento de las secularizaciones y la caída de las vocaciones sacerdotales, el movimiento de mayor difusión era la llamada Teología de la Liberación, un híbrido de principios marxistas e interpretación liberal de las Escrituras que gozaba de gran aceptación entre las masas de la América hispana y que estaba siendo utilizado como cobertura propagandística por movimientos marxistas y revolucionarios en Nicaragua, El Salvador y Guatemala, entre otros países.

Karol Wojtyła, buen conocedor de lo que era una dictadura comunista por haber vivido y ejercido su minis-

terio en Polonia, apostó por una confrontación en el terreno de las ideas, de los gestos y de las acciones.

En primer lugar, su línea pastoral se mantuvo independiente de cualquiera de los bloques. Igualmente se aferraba a la enseñanza tradicional de la Iglesia Católica en cuestiones como el matrimonio, la familia o la defensa de la vida.

Los países escogidos para sus visitas pastorales fueron en buen número de casos naciones no católicas. Con ello, pretendía no sólo predicar su mensaje en áreas del planeta poco propicias a él sino también dejar de manifiesto que la Iglesia Católica intentaría ganar posiciones.



El ineludible apego de Juan Pablo II a la doctrina evangélica fue el pilar que sostuvo el pensamiento a la grey católica en el mundo, afechado por la sombra del ateísmo marxista. Pese a las críticas liberalistas el Papa se mantuvo firme en su fe lo cual fue un claro ejemplo para las masas.

Su estrategia

Finalmente, Juan Pablo II tuvo una visión internacional encaminada a que la Iglesia Católica recuperara el papel de referente que ostentó durante siglos. Su intento de recuperar la memoria histórica a través de los procesos de canonización de mártires de la fe formó parte esencial de esa estrategia. También fue el caso en su posicionamiento frente a delicadas cuestiones internacionales. Así, su abrazo con el ya fallecido ex Presidente de los Estados Unidos, Ronald Reagan, su apoyo al sindicato polaco Solidaridad, su visita a al líder de la perestroika Mijail Gorbachev, en el Kremlin, su visita a Cuba, o su oposición a la presencia de clérigos en gobiernos marxistas constituyeron valiosos aportes para la victoria de occidente en la Guerra Fría.

No se puede negar la enorme trascendencia de su pontificado en una época marcada por las sombras del comunismo, el totalitarismo, la confusión espiritual y el relativismo moral.